

X ESPAÑA EN LA MUSA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

Miguel Hernández, inquietante gran poeta español —“yo soy de los que gozan una muerte diaria”, nos dijo en plena euforia vital—, dejó su envoltura terrestre en la cárcel de Alicante, en 1942. De él puede decirse lo que él dijera de García Lorca hacia agosto del 36:

“Muere un poeta y la creación se siente
herida y moribunda en las entrañas.
Un cósmico temblor de escalofríos
mueve temiblemente las montañas,
un resplandor de muerte la matriz de los ríos.
Oigo pueblos de ayes y valles de lamentos,
veo un bosque de ojos nunca enjutos,
avenidas de lágrimas y mantos:
y en torbellinos de hojas y de vientos,
luto tras otros lutos y otros lutos,
llanto tras otros llantos y otros llantos”.

Este poema, escrito con el alma yerta, acumula la imaginación más cara a Hernández: la de la tierra. El pastor poeta se diluye en el suelo que pisa, es él mismo suelo, y sus accidentes —la montaña, el bosque, el valle, la avenida— se le yerguen, plásticos y palpitantes, para alimentar su poesía. El poeta no es sólo viento del pueblo, cual asegura Aleixandre, sino viento de la tierra. Y en la encrucijada de cada generación hay una muchedumbre que tiene presto el oído para escucharlo. Es el mensaje telúrico que llama al morisco Ricote cuando topa con Sancho, apenas unas horas

después de que, molido y asendereado, abandonara el gobierno de la ínsula Barataria, y le hace exclamar: "Finalmente, con justa razón, fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos; pero al nuestro la más terrible que se nos podía dar. Doquiera que estamos lloramos por España; que, en fin, nacimos en ella y es nuestra patria natural y en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea". Pues ese mensaje de nostalgia empuja fatal e inexorablemente, de uno u otro modo, hacia el alma popular. Y paisaje y paisanaje se confunden porque son tal para cual y uno en otro se entrederraman, constituyendo como gálbulos de fuerte aroma que excitan la pituitaria del espíritu y elevan la idea de la tierra propia a las cimas de la sublimidad.

Así nace la actitud de Miguel Hernández ante el hombre y su escenario, ante el hombre y su circunstancia geográfica. Por una jubilosa y eléctrica comunión de su alma con las raíces que le sustentan. El pueblo y la tierra de España siempre han sido trágicos. Hay en ellos un légamo inconfundible que confunde sin embargo. Hombres y tierra de España son herméticos al cerebro y al corazón ajenos. Créese comprender a España y no se la comprende; créese amarla y no se la ama. El rostro de piedra del español, de piedra trigueña como la de ciertas catedrales góticas y románicas, las nervaduras de su calavera, se antojan primitivos y bastos cuando son esenciales y rotundos, fina escoriación que el buril del Creador ha trazado en la substancia humanal que le da vida. El corazón del español se tiene por bravío y arisco cuando, si la bravura existe, existe también la terneza que acerca a la fraternidad de la carne, que en muy pocos pueblos de la tierra se halla tan en vivo como en él.

¡Rostros de campesinos, rostros de trabajadores! Miguel Hernández tomó de ellos lo que según un hispanoamericano certero es como un temblor quevediano de "magnitud peleadora, viva, rugiente, embestidora y vociferante". Por eso, sus cantos son fuertes. Son cantos hechos para el juglar o para el miliciano, para ser repetidos de boca en boca o para ser lanzados de trinchera en trinchera, como él hacía a sus 26 años. El poeta pastor se ha convertido en poeta soldado. Entonces es cuando el rugido de la tierra clama con más ardor, entonces es cuando la hermandad del hombre se siente con más brío. Hernández valora como nun-

ca las palabras de Machado: "Escribir para el pueblo es escribir para el hombre de nuestra raza, de nuestra tierra, de nuestra habla, tres cosas de inagotable contenido que no acabamos nunca de conocer". Sí, él está al tanto del secreto:

"Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

Los bueyes doblan la frente,
impotentemente mansa
delante de los castigos:
los leones la levantan
y al mismo tiempo castigan
con su clamorosa zarpa.
No soy de un pueblo de bueyes,
que soy de un pueblo que embargan
yacimientos de leones,
desfiladeros de águilas
y cordilleras de toros
con el orgullo en el asta.
Nunca medraron los bueyes
en los páramos de España.

¿Quién habló de echar un yugo
sobre el cuello de esta raza?
¿Quién ha puesto al huracán
jamás ni yuntas ni trabas,
ni quién al rayo detuvo
prisionero en una jaula?

Asturianos de braveza,
vascos de piedra blindada,
valencianos de alegoría
y castellanos de alma,
labrados como la tierra
y airosos como las alas;
andaluces de relámpagos
nacidos entre guitarras
y forjados en los yunques
torrenciales de las lágrimas;

extremeños de centeno,
gallegos de lluvia y calma,
catalanes de firmeza,
aragoneses de casta,
murcianos de dinamita
frutalmente propagada,
leoneses, navarros, dueños
del hambre, el sudor y el hacha,
reyes de la minería,
señores de la labranza,
hombres que entre las raíces,
como raíces gallardas,
vais de la vida a la muerte,
vais de la nada a la nada:
yugos os quieren poner
gentes de la hierba mala,
yugos que habéis de dejar
rotos sobre sus espaldas.
Crepúsculo de los bueyes
está despuntando el alba.

Los bueyes mueren vestidos
de humildad y olor de cuadra:
las águilas, los leones
y los toros de arrogancia,
y detrás de ellos, el cielo
ni se enturbia ni se acaba.
La agonía de los bueyes
tiene pequeña la cara,
la del animal varón
toda la creación agranda.

Si me muero que me muera
con la cabeza bien alta.
Muerto y veinte veces muerto,
la boca contra la grama,
tendría apretados los dientes
y decidida la barba.

Cantando espero la muerte,
que hay ruiñeñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas”.

Los primeros versos no son sino búsqueda de la raíz del grito íntimo. La abstracta substancia popular trae y lleva al poeta, disemina la víscera cordial y echa al aire en movimiento la garganta. Figura precisa y prieta, llena de vigor, pues lo que echa al aire agitado por la tempestad histórica enmarcada entre 1936 y 1939 es su canto, es su voz, la henchida esencia de su corazón.

Pero ese pueblo tiene características intransferibles. No es blando mucílago dócil a cualquier mano. La segunda estrofa permite imaginárselo. Porque la figura del buey —sumisión: docilidad ante los castigos: "los bueyes doblan la frente impotentemente mansa"—, la imagen del buey no le cumple. Antes al contrario, es la del león el símbolo de ese su incomprendido pueblo de España. Pues, como el león, ante el castigo, levanta la testa y castiga a su vez. Los verbos han sido magistralmente escogidos: LEVANTAR y CASTIGAR. No otra cosa —erguimiento de la cabeza herida y respuesta a la mano heridora— representa el 18 de julio español. Sólo que la evocación zootécnica no es suficiente. La tierra como dogma subyuga al poeta. No, él no pertenece a ningún pueblo de bueyes, sino de leones, de águilas, de toros; de leones tenaces, de águilas penetrantes, de toros bravíos. Y ello en exaltación máxima. Esto es, que lo que el poeta ve y plasma no es unitario sino múltiple: yacimientos de leones, desfiladeros de águilas, cordilleras de toros. Todo multitudinario y gigantesco como corresponde al genio plantado ante la encrucijada de la historia. Los versos finales de la estrofa son absolutos, agónicamente definidores: "Nunca medraron los bueyes / en los páramos de España". Una y otra vez, el contorno de la tierra le facilita la visión. Visión táctil, ya que Hernández no ve con las pupilas de los ojos, ve con la ventosa diminuta de los nervios de la piel. Hernández se pega a la tierra y la siente en sí propio cual el amante siente a la amada. Con todo su cuerpo, poro a poro, célula a célula.

España cuello, España huracán, España rayo. Tres sustantivos adjetivantes plenamente logrados. No hay yugo para ese cuello, ni yugo ni traba para ese viento, ni jaula para esa chispa. El poeta se crece hasta hacer de la intuición un pincel velazqueño. Instrumento de precisión manejado a través del espejo.

La nueva estrofa, de treinta versos, retrata de cuerpo entero a la tierra y al hombre españoles. Todo el mapa de

España en carne viva, como un desollado sirio. Cada región con su hombre, cada hombre con su esencia. El león, el águila y el toro esfumados en matices, transmigrados en almas dispares, de una heterogeneidad asombrosa, pero de una peculiaridad y de una unidad bárbaras, ecuménicas, poderosísimas. Síntesis total de la tenacidad, de la penetración y de la fuerza. Y diversificación multiforme.

Antepenúltima estrofa: Ya están, como siempre, España y la muerte ennoviadas. En el horizonte, García Lorca. Pegado a la tierra, inmediato, Miguel Hernández. Las águilas, los leones y los toros no mueren como el buey, con humildad y olor pancino de cuadra realista y tranquila, sino arrogantes. El sustantivo se hizo otra vez matriz del verso: ARROGANCIA. Arrogancia, esto es, energía, humedad, fertilidad. España, generadora de pueblos. España, matriz ubérrima, cae como el animal varón. Y con ella cae Hernández. Y su caída es gloriosa luminaria. Todo lo creado, a su luz, se agranda, se enaltece y se sublima.

Cual el granadino, el orihuelense lleva también a cuentas la cruz de su muerte. Esa muerte, paralela a la de España, la espera el tísico ruiseñor por encima de los fusiles blandidos con rabia, por encima incluso del estruendo de las batallas. Más clarividente que García Lorca, señalaba su rumbo y su sitio:

"Cantando espero la muerte,
que hay ruiseñores que cantan
encima de los fusiles
y en medio de las batallas".

Porque si él debió esperarla hasta el 42 y es en el 42 cuando —como Unamuno— "se acuesta a morir", sobre el piojoso camastro de la prisión, en verdad que estuvo ganándola a pulso desde el 36. Al verle, en tétricas fotografías, escupiendo sus versos demoledores y creadores a la par a los soldados amigos y enemigos y saltando como un tigre de trinchera en trinchera, en un avance, uno se da cuenta del ascua íntima, empapada de inmortalidad sapiente que le asistía:

"Pero no moriremos. Fue tan cálidamente consumada la vida como el sol, su mirada.
No es posible perdernos. Somos plena simiente.
Y la muerte ha quedado, con los dos, fecundada".

Sí, en su infinita gana de no morir —otra real gana, tan patética y tan honda como la del Cristo de las Clarisas de Palencia, ésta confesada a la inagotable e inefable compañera— él va fecundando a la muerte. La va fecundando, MAS ELLO NO EMPECE para que, mientras dispara y lucha y mata, en la sombra y a la sombra, sepa que está señalado, que está siendo escogido, en su busca eterna, por la Parca vestida con arreos militares:

"Llegó con tres heridas:

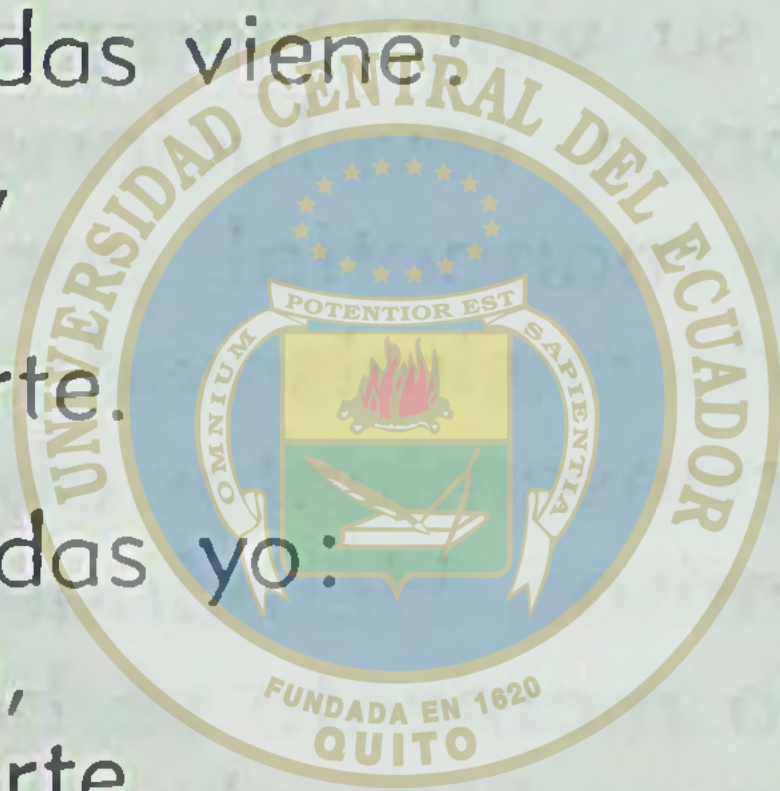
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:

la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:

la de la vida,
la de la muerte,
la del amor".



Vida soñadora de un mundo nuevo, bien plantado, justo y luminoso, que le abriría el pecho, muerte despiadada que arañaría sus entrañas, amor varonil y heroico a su España que le postraría exánime en el negror de la mazmorra, junto al negror del pellizco de pan y en negror del cántaro de agua pútrida. Un 28 de marzo, apenas los dedos sonrosados de la primavera española asomaron por el balcón de Alicante, se nos fue con sus cabras, el recuerdo del hijo luminoso de su carne en el pecho, la mano en las manos de una joven que era todo destino —pelo negro de endrina en cascada ondulante, ojos negros que miraban asustados, tersa tez de naranja murciana, barbilla de morisca ruborosa y gentil—. Se nos fue con sus cabras y ella pudo repetir los versos del poeta a su amicísimo Ramón Sijé, en su muerte:

"Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte".

¡Comunión de la carne, más fuerte que la vida y la muerte, más fuerte que Dios!



Miguel Hernández, inquietante gran poeta español muerto en la cárcel de Alicante en 1942, nació en 1910, en Orihuela, para, desde entonces, paso a paso, ganar su muerte con su canto. Hay muertes gratuitas, regaladas, muertes-premio no merecidas, no adquiridas, no compradas. La suya —muerte-trueque— la compró valerosamente al precio incomparable de su vida. Siempre en estado de gracia, con una preñez ciclópea, revolucionaria, la poesía brotaba de él como el agua de manantial, por explosiva revulsión. Si Rodó, yendo y viniendo ensimismado por las calles de Montevideo, escribía sus pensamientos abondos en los puños almidonados de sus camisas, Hernández escribía los suyos en su memoria y en todo momento se hallaba dispuesto a soltar, tal un ariete, el verso cargado de fuerza exterminadora. Hijo de labradores, las ásperas comarcas que impregnan su carne cuando, para ayudar a sus padres, debe recorrer con su hermana Encarnación el itinerario enjuto del campo alicantino en busca del alimento de su cáprico rebaño, se le meten entraña adentro con brutales rasguños de taladradora eléctrica. Esa hispida naturaleza le enseña a diseñar la corporeidad terráquea, a sentirla, a gozarla. La tierra hierre pero ilumina, hincha, conturba, exalta, restalla y cede por último. Resultado de esta penetración es el verso duro, duro aunque felino, estremecedor y coruscante. Pleno de auras, de olores pastosos, de presencias de cuadras, de abrevaderos, de establos y heniles, su corazón se trocó un día en palabra y grito de pueblo, en clamor de pueblo, y en venganza de pueblo. De pueblo perseguido y escarnecido. De pueblo deshambrido. De pueblo mártir.

Católico por inercia, como tantos, su religiosidad está por encima de su catolicismo. Cuando la una anega al otro y sus primeras visiones hagiográficas se resignan ante más provechosas y enzurizadoras visiones —el hombre, la tierra, el pan, la felicidad—, amartelado con los clásicos, con Góngora y Garcilaso, extravasado y amisteriado a través de Quevedo sobre todo, Hernández se transmuta en música,

pero no en música celestial sino terrestre y atormentada. Un trallazo interior le conmueve todo. Si de las llanuras de su tierra surge una armonía resignada, en las páginas de sus maestros va a encontrar la ira íntima y la vehemente búsqueda de la fraternidad universal. San Juan de la Cruz le embriaga de misticismo incandescente y le afila las papilas ávidas de su mecanismo sensorial. Por la asunción de la sensualidad en su vida, aprendiz de genio, genio turbulento después, tenderá a confundirse con el Amado, a transformarse en el Amado. Para él, la sublime cópula está lograda. Su Amado, mayúsculamente engrandecido, es su pueblo, el Pueblo de España.

Juglar, lee sus versos, pero no a la castellana solitaria y lánguida, sino a un auditorio rudo y simple y bueno como Sancho. En una panadería, cabe sacos de harina. Su amistad con Ramón Sijé nace por entonces. ¡Tiempos de aprendizaje y de tertulia que le acercarán a Juan Ramón, a Lorca, a Alberti, a Neruda, a Machado! Tiempo glorioso, con semen de victorias próximas! El poeta escribe en la revista del amigo —“Gallo crisis”— lanza “Perito en lunas”, ve morir al compañero amable, lúcido y amargo, y se enamora:

“Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme, paloma,
que yo te escribiré”.

La eterna cantilena. “Te escribo, me escribes”. Y en el engarabitamiento de la caligrafía se entrelaza, arriesgado, el amor. ¡Zarzal de pena y sangre y gloria tan deseado! Las carnes se desgarran, MAS SE DESGARRAN PARA GERMINAR. Nos hallamos en 1934. España sueña. Sueña no más. Porque el canto se lo van a decapitar en pleno alumbramiento. Miguel trabaja, publica. Dar sus títulos es caer en la vulgaridad. Lo que de importancia ocurre es que Miguel está pasando ese tormentoso y torturador Cabo de Buena Esperanza del desprendimiento y la sazón. Lo que ocurre es que Miguel ha roto con su pasado interno y externo, con su yo ajeno, yuxtapuesto y caricaturizante, con su máscara de prestadillo:

“Me llamo barro aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua cuanto lame”.

Pero ese barro suyo no busca su regalo ultraterreno precisamente para cuando el polvo, ya solo, sin el añadido ácueo, se anonade, sino que, más cerca cada vez de don Francisco de Quevedo, su pensamiento se complace, no en luchar con ella, cual el Rector de Salamanca, se complace en torearla con un quiebro de muletas preciosísimo, a la española:

"Como el toro he nacido para el luto
y el dolor, como el toro estoy marcado
por un hierro infernal en el costado
y por varón en la ingle con un fruto.
Como el toro lo encuentro diminuto
todo mi corazón desmesurado,
y del rostro del beso enamorado,
como el toro a tu amor se lo disputo.

Como el toro me crezco en el castigo,
la lengua en corazón tengo bañada
y llevo al cuello un vendaval sonoro.
Como el toro te sigo y te persigo,
y dejas mi deseo en una espada,
como el toro burlado, como el toro".

Está ya hecho el poeta para la muerte. Pero también para la tempestad. Es entonces cuando lo recogen en Madrid los poetas forjados al calor del krausismo. Con su chaqueta de pana campesina, su pergeño pastoril rebota en la taberna de Pascual, se ajusta a los veladores de las tertulias líricas en que las cucharillas de café tintinean entre la vaya que le gastan sus colegas o resalta por los pasillos del Ateneo, oteando, escudriñando, traspasando. El mismo se da cuenta del contraste y la plástica terráquea se burla una vez más de la ciudad:

"Yo que llevo cubierta de montes la memoria
y de tierra vinícola la cara,
esta cara de surco articulado".

Cara de surco articulado o de "patata recién sacada de la tierra", cual se expresara el autor de "Canto general", ya no cesará en su crispación ni en su arranque. No cesará el rayo que lo habita, no. Sabía que el tiempo de la sangre se

acercaba a pasos agigantados. Julio de 1936 le pilla entroncado en la nueva poesía y la jira del sacrificio la emprende el poeta con entusiasmo: Jarama, Guadalajara, Córdoba, Badajoz . . . Son nombres de geografía enlutada. Sangre, dolor y lágrimas que no serán ejemplo para nadie, sangre, dolor y lágrimas por el mundo traicionados, sangre, dolor y lágrimas que culminarán en la muerte por inanición, por hambre, de su primer hijo, espejo de la España exhausta.

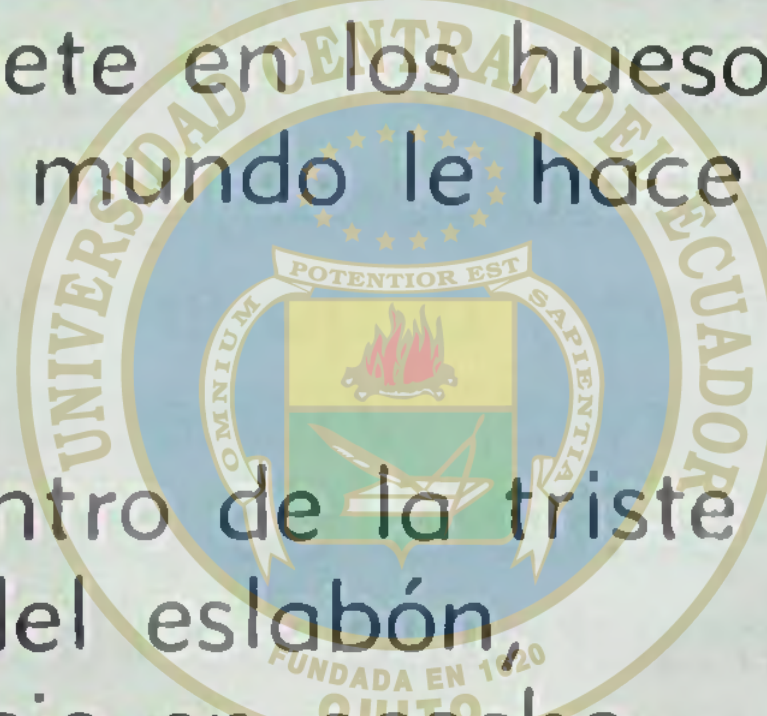
Tres años más y la herida, como un pozo de carne tumefacta, sangra. España es ya cuartel y celda y cementerio. La traición extraña está consumada. La propia, la de casa, regüelda insultante y pecaminosa mientras un uniforme con bigotes, que escupe vinazo ante el micrófono, ríe sardónicamente, con la risa de escalofrío y burla de Mefistófeles. Un inmenso velo cubre la faz de España. Miguel Hernández huye, atraviesa la raya portuguesa, gentes soeces le aprehenden y lo regalan, adulonas, a quien puede hacer crujir sus huesos y resignar su cerviz. Viene luego la peregrinación de cárcel en cárcel. El pellizco de pan negro, el cántaro de agua pútrida, el aire insufrible de la mazmorra, los gritos de corneja de los condenados cuando el clavo del garrote atraviesa sus médulas, con uno, dos, hasta cinco minutos de espantoso, atroz sufrimiento. Chirrían los dientes y el alma se recoge en sí misma. El hacinamiento y la sed de amor, que le hace recrear enajenado a su esposa, le refriegan los versos sublimes que se le convierten en obsesiones y en ensueños voluptuosos y dolorosos:

"Morena de altas torres, alta luz y ojos altos,
esposa de mi piel, gran trago de mi vida,
tus pechos locos crecen hacia mí dando saltos
de hierba concebida.

.....
Para el hijo será la paz que estoy forjando.
Y al fin en un océano de irremediables huesos
tu corazón y el mío naufragarán, quedando
una mujer y un hombre gastados por los besos".

Sólo que el hijo ya no existe y la paz que él forjaba se ha descuajaringado en la vasta noche del terror. La sensualidad del hombre de sol y de intemperie a la postre tendrá que amustiarse también entre la inclemencia de los muros sórdidos y de las sombras espesas. Ya no se trata ni de bus-

car a la muerte ni de torearla, pues que la muerte está espiándole cada vez que suena el manojo de llaves y los rostros patibularios asoman, cada vez que un compañero le abandona, de madrugada, cada vez que el paredón se siente salpicado de sangre. El diálogo dramático cobra ahora toda su crudeza. García Lorca, al subir la eminencia de la sierra, en Viznar, las manos atadas atrás, el rostro caído y la mente recordando a Marianita Pineda, no tuvo tiempo de crear su agonía. Los fusiles le destrozaron la nuca y las pezuñas le empujaron a la fosa por él cavada en un lapso "record". Pero, en el caso de Hernández, la tragedia se configuraba idealmente cada día, quién sabe si pensando en el granadino. Entonces venía el palparse el alma y el escuchar el corazón. La celda es una negra boca estremecida. La humedad se le mete en los huesos, la ignominia le acecha y el silencio del mundo le hace saltar como un bubón pletórico:



"Porque dentro de la triste
guirnalda del eslabón,
y a precipicio en acecho,
alto, alegre, libre soy.
Alto, alegre, libre, libre,
sólo por amor".

Un día se despide del sol y de los trigos. Huele a muerte humana, a sudor y a tabaco. Huele a sangre y a sufrimiento. Hernández no puede más. ¡Adiós, adiós! ¡Adiós al mundo en que soñara y al mundo viejo y perdido en que el amor le consoló! Sus compañeros le rodean. De rodillas, su esposa le toma la mano. El olor es más fuerte que su vitalidad y se desvanece. Su negro pelele se va, por él. Su presencia vencedora, su yo esencial, queda, más libre que nunca:

"No, no hay cárcel para el hombre.
No podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?
A lo lejos tú, más sola
que la muerte, la luna y yo.

A lo lejos tú, sintiendo
en tus brazos mi prisión:
en tus brazos donde late
la libertad de los dos.
Libre soy, siénteme libre
sólo por amor".

Han pasado 18 años desde el día aquel en que la llama viva de Miguel Hernández se extinguió. Por tierras de Alicante, la "morena de altas torres, alta luz y ojos altos", esposa de su piel, gran trago de su vida, rumia con rabia su soledad y su infecundidad. La semilla humana se arruinó anegada en el mal elixir de España. Pero la otra, la que convirtió a Hernández, a fuerza de crecer y crecer en el agua espiritual de su pueblo, en uno de los más auténticos poetas del siglo, sigue viva, sostenida por una legión de discípulos a los que domina el éxtasis en medio de la negra noche que los rodea. La manera renacentista y la barroca recibieron de él nuevo vigor y se convirtieron en monedas de curso legal. El gongorismo y el garcilasismo tuvieron el halago que merecían, y tanto el poeta de la clara oscuridad como el poeta soldado, cual él, se hicieron amables al conjuro de su estro poético. Hernández se agranda con el tiempo y con la ausencia. La hombría de bien de su nombre y la enjundia gloriosa de su obra prueban que la muerte como castigo no redime a quienes la infieren. Mañana, un día, pronto, salvado por el amor, Hernández dejará la clandestinidad post-mortem en que se le ha sumido, para dar al mundo la medida de la España verdadera.